

EDITORIAL

CRISTÓBAL GNECCO
Universidad del Cauca (UNICAUCA)

Este es un lugar para las memorias disidentes. Es su casa. Aquí encontrarán su despliegue más allá de donde ahora están, de donde ahora son. Memorias disidentes porque interpelan, socavan, contradicen, confrontan la historia oficial, la de las disciplinas, el aparato patrimonial, los tantos niveles de rememoración unívoca del Estado. Memorias disidentes, claro, pero también memorias restituyentes. De poco valdría disidir, sino vamos tras lo que esas disidencias pretenden. Las memorias que llegan a esta revista no sólo se apartan de la narrativa canónica del tiempo; también proponen, hacen, constituyen. Esas memorias restituyen tejidos que estaban cortados, pedaceados, enviados a los márgenes. Restituyen esos tejidos rotos que resultaron de la operación brutal del orden moderno. Pegan, tejen. Las memorias disidentes conectan; buscan conexiones que no son, no podrían ser, sólo temporales. En pocos lugares se ve mejor este asunto que en la demanda indígena por la restitución de los cuerpos de sus ancestros desenterrados (por los arqueólogos) y exhibidos (por los museos). La restitución enfrenta la violencia disciplinaria que se arrogó el derecho exclusivo de excavar y mostrar, sin jamás considerar que vulneraba otros derechos y otras formas de relación que no fueran las del conocimiento. Las luchas por la restitución, pues, restituyen mundos brutalmente pisoteados. Pero esas luchas no se limitan al retorno de cuerpos; también reclaman territorios —o territorios-cuerpos, enunciando su naturaleza relacional—.

Las memorias que acogemos restituyen y relacionan. No es un asunto menor. Las relaciones (entre seres, entre cosas, entre seres-cosas) fueron un blanco favorito de los modernos; las rompieron y en su lugar crearon parcelas de conocimiento que entregaron a las disciplinas: el tiempo a la historia, el espacio a la geografía, la vida a la biología, la riqueza a la economía. Las relaciones que acaso permitieron entre esas parcelas fueron instrumentales. Desde entonces, desde que aconteció ese desastre, la restitución de los mundos en relación no ha dejado de ser una tarea urgente. Esto escribió Gonzalo Rojas en 1965, recordando su llegada a la poesía cuando era apenas un niño:

Pero las palabras arden: se me aparecen con un sonido más allá de todo sentido, con un fulgor y hasta con un peso especialísimo. ¿Me atreveré a pensar que en ese juego se me reveló, ya entonces, lo oscuro y germinante, el largo parentesco de las cosas? (Rojas, 1997, p. 253).

¡Ah! Esas cosas emparentadas, ese mundo de relaciones revelado en él por las palabras, un mundo de urdimbres fabulosas que resulta tan singular, y tan extraño, en el mundo fragmentado y lleno de cajoncitos creado por la modernidad. Eso también es lo que hacen las memorias que disiden y restituyen y que, por si fuera poco, tienen otra virtud: reúnen, convocan, juntan. Acuden a la *juntanza*, esa bella palabra que el feminismo ha hecho bandera.

En el bello libro que dedicó al Río de la Plata, ese no río, pero sí mar, Juan José Saer (2006, p. 16-17) escribió: “Pero un lugar es siempre más rico que su injusticia, su escarnio y sus violencias y es justamente esa riqueza la que hace a estos últimos más intolerables”. Así son estas memorias generosas que ponen de relieve la incapacidad de las disciplinas para establecer relaciones que no sean nacionales o, en el peor de los casos, multiculturales —esa gran trampa que la modernidad inventó para sofocar las energías que la amenazaban—. Pero esas relaciones parciales, controladas y predecibles han sido emboscadas: varios de los artículos que componen el dossier de este número cabalgan los artilugios modernos para contar el tiempo y las visiones de otros mundos de otras maneras. Ya no es la narrativa unificadora de la nación, ni el embustero relato multicultural de la diversidad, sino formas contestatarias de narrar y presentar los eventos históricos —esos eventos que no tenían cabida en el guion oficial y que las narrativas nacionales y posnacionales habían silenciado—. Los relatos de los espacios de la memoria, de lxs transgéneros, de lo verde “natural”, de las mujeres, cuentan la historia de otra manera. Son sitios de memorias contrahegemónicas que, incluso, se escenifican en las calles. Las paredes se han convertido en los nuevos centros en los que encarnan las historias de otra manera.

Podría pensarse que el dossier es un recuento de caídas (de estatuas, de símbolos, de viejas ideas) y de la música transformadora que ponen en movimiento. Podría. Pero no. O no solamente. También es un dossier sobre el alzamiento, sobre el vacío que queda y que se llena. Las caídas, en Bogotá, de Simón Bolívar desde un monumento conjunto conocido como “Los héroes” y la de “los Reyes Católicos de España”, que tenían sus estatuas desde hacía décadas en la avenida que conduce al aeropuerto, produjeron pedestales vacíos y una ciudad en busca de su resignificación urbana. Los pedestales vacíos y la resignificación urbana parecen una extraña pareja puesto que la modernidad llenó nuestras ciudades con las voluminosas huellas de su concepción de la historia: las estatuas y monumentos que erigió por doquier sobresalían sobre pedestales repletos, no vacíos. Pero este vacío es revelador: el patrimonio inventado por la modernidad ahora es despojado de su pomposidad y reducido a la nada engañosa de donde surgió.

En el prólogo de *La memoria, la historia, el olvido*, Paul Ricœur (2004, p. 13) escribió: “Sigo preocupado por el espectáculo inquietante que ofrece un exceso de memoria aquí, un exceso de olvido más allá, por no hablar de la influencia de las conmemoraciones y los abusos de la memoria —y del olvido—.” Pero Ricœur se equivocaba: no se trata de excesos y abusos y cómo controlarlos, como si la memoria y el olvido tuvieran una justa medida que podría

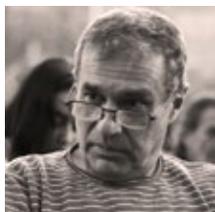
encontrarse de alguna manera —¿en un punto medio, forjado con humanismo, tolerancia y democracia?, ¿en una historia común, pero completa y matizada?—. Más bien, ambos participan en enormes conflictos, cada vez más visibles, cada vez más productivos. Esos conflictos descentran lo moderno-colonial-patriarcal para explorar sus ecos, sus residuos, sus implicaciones, sus sombras, como dijera Svetlana Boym (2017, p. 11) tan bellamente.

Referencias bibliográficas

- Boym, Svetlana (2017). *The off-modern*. Bloomsbury.
 - Ricœur, Paul. (2004). *La memoria, la historia, el olvido*. Fondo de Cultura Económica.
 - Rojas, Gonzalo (1997). *Obra selecta*. Biblioteca Ayacucho.
 - Saer, Juan José (2006). *El río sin orillas. Tratado imaginario*. Seix Barral.
-

Cristóbal Gnecco

<https://orcid.org/0000-0002-2405-5888>
cgnecco@unicauca.edu.co



Profesor en el Departamento de Antropología de la Universidad del Cauca, donde trabaja sobre economía política de la arqueología, geopolíticas del conocimiento, discursos sobre la alteridad y etnografías del patrimonio. Dirige actualmente el Doctorado en Antropología de la misma universidad y fue editor de la Revista Arqueología Sudamericana, además de traductor de numerosos títulos de renombre en la antropología. Recientemente editó *Los indios del Cauca. Una construcción etnográfica (1890-1956)* (Universidad del Cauca, Popayán, 2023); junto a Carina Jofré, *Políticas patrimoniales y procesos de despojo y violencia en Latinoamérica* (Universidad Nacional del Centro de la Provincia de Buenos Aires, Tandil, 2022) y con Mario Rufer el libro *El tiempo de las ruinas* (Editorial de la Universidad de los Andes, Bogotá, 2023). Actualmente tiene en curso dos proyectos de investigación, ambos relacionados con los efectos de los procesos de patrimonialización: “Qhapaq Ñan, una etnografía postarqueológica” y “Sentidos patrimoniales y luchas semióticas alrededor de las misiones jesuíticas-guaraníes”. Es miembro fundador de la Red de Información y Discusión en Arqueología y Patrimonio (RIDAP), fundador y editor responsable de *Memorias Disidentes: Revista de estudios críticos del patrimonio, archivos y memorias*.

